

“EL PESO DEL AGUA”

Fernando Valverde

LA CAÍDA

A mi madre

¿Recuerdas cómo mueren los pelícanos?
Bajo el sol de la tarde
que golpea la costa del Pacífico
el agua los engulle como al plomo.

Nada puede salvarlos.

Hay tanta dignidad en el vacío,
tanto amor en sus vuelos,
que en el último instante escogen el silencio.

Sólo queda
el golpe de sus cuerpos contra el agua
como un rumor de viento imperceptible.

Desde esta habitación no puede verse el mar,
no existen altas rocas y no queda horizonte
que no hayan destruido.

No importa,
intuyes un rumor en esta noche negra,
puedes tocar su brazo.
Recordarás entonces, al percibir el frío,
que en otoño ese mar que tanto amas
se vuelve gris y deja
los nombres del pasado escritos en la arena.

Te has sentado a mirarlos.

Frente a ti,
torciendo el horizonte,
un niño se sumerge entre las olas.
El levante, tan cálido y perfecto,
lo traiciona y lo empuja.

Has venido a salvarme.

Tus brazos,
tan frágiles ahora,
cubren el cuerpo de mis nueve años
hasta tocar la orilla.

Es cierto,
desde esta habitación no puede verse el mar
pero tiemblan mis manos igual que aquella tarde.
Ahora cojo las tuyas,

siente cómo te amo,
cómo salvas mi miedo con tus gestos,
cómo tienes la vida sujeta entre los dedos.

Deja a un lado la carne,
has golpeado tanto tu rostro contra el agua
que la luz se ha quebrado.

No hay estrellas debajo del océano.

Abre los ojos,
es tan ciega la muerte que el temor te confunde.
Abre los ojos,
búscame ahora en medio de este océano,
voy a agarrarte fuerte con mis brazos,
siente cómo te aprieto,
busquemos nuestra orilla,

el mar no ha dibujado nuestros nombres,
es hoy, no somos el pasado,
es salado el sudor,
es la espuma del mar contra las rocas
este miedo en tus labios.

Nos espera la vida.

LOS PÁJAROS

A Fran Ruiz Udiel

Los niños de Managua venden pájaros.

Saben cantar en medio del invierno,
no conocen el frío,
imaginan la nieve como un momento hermoso
imposible en sus vidas,
conocen el temblor bajo los pies,
cuentan historias tristes mientras la gente huye,
hacen silbar sus pájaros de arena,
hacen sonar el viento
como quien pide ayuda en un naufragio.

Pero todo es naufragio.

Los ahogados, sentados en las plazas,
reconocen la paz que el tiempo ha sometido
con balas que mordieron en la espalda
a algunos hombres tristes.

Los niños de Managua sueñan con ser pelícanos
y buscan un océano,
y golpean sus rostros contra el agua
hasta perder la vista.

Los niños de Managua
tienen las manos llenas de colores,
miran al cielo y vuelan hasta San Juan del Sur,
logran ser como pájaros
que abandonan las manos de la muerte,
las sucias manos pobres del desierto.

EL MILAGRO

We live, as we dream, alone...

JOSEPH CONRAD

(Uno)

Es un milagro que estéis vivos.

Los erizados pechos
de este país del que bebéis
guardan leche que hierve en vuestras bocas,
que os abraza los labios.

Cómo encontrar el hielo,
dónde escondéis los dientes de esta tierra,
el cuerpo de la virgen que se sube la falda

para probar la lluvia,
la fruta que se pudre en los brazos del fango,
los peces que recorren la laguna
con escamas doradas.

Cómo gimen los cuerpos de dolor y placer
hasta volverse niebla,
polvo que busca el bosque frío
entre musgos y helechos que suben por los troncos
abrazados de orquídeas que encontraron la luz.

Qué buscan los chocoyos entre la piedra estéril,
qué pretenden los gatos en la noche
de este país que sufre a pleno día.

Quién habita los pinos y los cedros,
dónde irán los pelícanos

cuando no puedan verse reflejados
en la piel del océano.

Cuánta ansiedad:
tendrán entre sus alas
un escozor de arena y de raíces.

(Dos)

No despertéis a este país,
tiembla la tierra por sus calles grises,
gritan los sauces de los bosques
mientras huyen los búhos.

Quiero escuchar el paso de las aves zancudas
que abandonan la lengua de fuego de la sierra,

quiero verlas pasar frente a las casas
y que todos los hombres las reciban.

Pero no alcéis la voz ni los fusiles.

No hay mayor tiroteo que estas piedras
que bajan por los cerros en cascadas.

(Tres)

Protegeos del frío:
no entiende este país su dolor ni su fiebre
pero mira perplejo a sus profetas.

Qué hambre en esas bocas,
cuántas blasfemias pueblan los oídos.

No hay que morir por nadie ni por nada,
el aire que a los pechos se sujeta
vale la eternidad y cada privilegio
que os prometen los dioses.

Pronto despertaremos, el alba nunca cede,
y habrá sido un milagro que nos mire a los ojos.

EL MERCADO

Vas a venderme el mundo con las manos
pero aún no lo sabes.

Mira tu cuerpo triste,
tus piernas ya quebradas de llorar.

Vas a venderme el mundo
porque siempre fue tuyo y nunca lo quisiste
llevar contigo.

Cansada de estar viva,
como todos los vivos que no han visto un cadáver,
vas a venderme el mundo a cambio de un secreto.

Cómo explicarte
que nada se parece al sueño en que has creído,

nada existe detrás, tú lo sostienes,
la tierra que en tus manos vale nada
esconde mis errores y mis dudas.

Qué podría contarte sin concluir en llanto.
Préstame tu memoria para besar la tierra
y consiente que todo tenga un precio
que no pueda pagar,
un dolor añadido por rozarte los dedos.

ZULEYMA

Zuleyma atrapa el viento con las manos,
sabe buscar los ojos,
es un ser tan valiente que la vida
le ha enseñado a perder,
a perder sin vivir, algunos años antes.

Zuleyma quiere un sueño que obedezca,
un pedazo de amor y una sonrisa
que sostenga el futuro.

Pero ella sólo intuye que le han robado el mundo,
y sonríe, y espera, y juega a ser feliz.

ÁNGELES

Derramaste el dolor sobre la plaza.

Con las manos desnudas
se agolparon los ángeles del barro
en medio de tus planes.

Y en lugar de zapatos arrastraban
tierra en los pies y enfermedad.

El miedo es egoísta y nos despoja
de una virginidad que construyeron otros.

Después llegó un adiós desesperado
y una promesa tibia
pudo fijar el precio del futuro.

No es este nuestro mundo,
habríamos soñado otro lugar
sin mártires ni dioses,
pero encontramos ángeles
y en ellos habitaba la esperanza
de vivir, y la vida
con su justa y sencilla dignidad
merece aquel dolor que derramaste.

Déjame que sostenga todavía esas lágrimas
porque en ellas abrazo el equilibrio
de todo cuanto quiero.

Déjame que regrese
a la plaza más triste de la tierra.